



Leonardo Sciascia.

Lectografías

Cándido Recorre el Siglo XX

— Angel Rama

UN vino liviano, fresco y perfumado, sutilmente espirituoso, seco y refinado al paladar, así es la nueva novela del siciliano Leonardo Sciascia, la cual revive el famoso personaje de Voltaire, Cándido, para que transite por las complejidades y contradicciones de este declinante siglo XX.

En tal proyecto no puede menos de percibirse un discreto homenaje a los maestros enciclopedistas del XVIII, no sólo al desembarazado y burlón Voltaire, sino también a Diderot y a Montesquieu, de quien Sciascia recoge una frase, según la cual "una obra original casi siempre da nacimiento a otras quinientas o seiscientas que se sirven de la primera como de una incisión, como los geómetras se sirven de una fórmula". El siciliano reconoce haberse servido de la fórmula voltaireana, aunque modestamente acota que "aquella velocidad y liviandad no es posible encontrarla otra vez, ni siquiera por mí que creo no haber aburrido nunca al lector".

A pesar de la disculpa, es éste el libro más ágil y divertido que haya escrito un autor que ha tenido siempre la cortesía de saber interesar a sus lectores, de contarles cosas sensatas y veraces de un mundo frecuentemente insensato. "He tratado de ser veloz, de ser liviano —dice— pero grave es nuestro tiempo, demasiado grave". Pero no lo es para un espíritu burlón como el de Sciascia: llegado a su madurez saber ser discreto, agudo, ingenioso, sabe —sobre todo— una cosa que resulta asombrosa (¡si estaremos mal!); ser libre, irreverente, antidogmático, sabe enfrentar los más delirantes y articulados discursos con un tranquilo "buen sentido" que los desinfla estrepitosamente.

tradición la pone a la vista y con un espíritu lógico intachable la señala como una falta en la articulación racional de la vida y de la sociedad. Es también el hombre que hace suyo el principio democrático del derecho a la felicidad de todos los hombres, sin por eso aceptar las distorsiones, fraudes o negaciones que se hacen en su nombre, por quienes asumen retóricamente la divisa democrática, negándola en la praxis continua de la vida social o la vida individual. Es sobre todo, un individualista lúcido y un liberal coherente. Es en el cauce de su recorrida política reciente, donde debe colocarse esta novela.

Sciascia, que llegó a integrar el Consejo Comunal de Palermo, en las listas del partido comunista, devino posteriormente crítico agudo de la política del partido, especialmente de su proyecto del "compromiso histórico", que vio como una convergencia de estructuras funcionariales de ambos partidos, lo que no le impidió ser un drástico crítico de las Brigadas Rojas. En el gran debate que conmovió a los intelectuales italianos a consecuencia del terrorismo desencadenado por las Brigadas Rojas, tomó parte desde un ángulo irreverente. Cuando Alberto Moravia estableció como principio, "Ni Brigadas Rojas, ni Estado"; cuando Eugenio Montale declaró que comprendía a los centenares de italianos que se negaban a actuar como jurados en el juicio contra los "brigadistas rojas" atemorizados por las represalias; cuando por fin Italo Galvino intervino reclamando que los ciudadanos asumieran sus responsabilidades porque "el Estado somos todos nosotros"; cuando Giorgio Amendola aprovechó entonces para atacar a los intelectuales

A pesar de la disculpa, es este el libro más ágil y divertido que haya escrito un autor que ha tenido siempre la cortesía de saber interesar a sus lectores, de contarles cosas sensatas y veraces de un mundo frecuentemente insensato. "He tratado de ser veloz, de ser liviano —dice— pero grave es nuestro tiempo, demasiado grave". Pero no lo es para un espíritu burlón como el de Sciascia: llegado a su madurez saber ser discreto, agudo, ingenioso, sabe —sobre todo— una cosa que resulta asombrosa (¡si estaremos mal!), ser libre, irreverente, antidogmático, sabe enfrentar los más delirantes y articulados discursos con un tranquilo "buen sentido" que los desinfla estrepitosamente.

Cándido, o, más bien, Un sueño hecho en Sicilia, tal es el largo título de esta novela, de 100 páginas, que efectivamente se inicia con el nacimiento del protagonista en la noche del 9 al 10 de julio de 1943, es decir, la fecha del desembarco norteamericano en la II Guerra Mundial y concluye en París hasta 1977 con Cándido y su amado maestro, que no se llama Panglos sino don Antonio Lepanto, arcipreste que siendo expulsado de la Iglesia la vuelve a encontrar, aunque con las mismas angustias, en el partido comunista. En la tibia noche parisina, Cándido, su amiga Francesca y don Antonio, alegres por la cena y el vino, se encuentran frente a la estatua de Voltaire. Algo achispado, el arcipreste inclina ante la estatua la cabeza gritando "Este es nuestro padre, este es nuestro padre". "Dulcemente, pero con fuerza, Cándido lo separó del poste, lo arrastró y le dijo: "No recomencemos con los padres". Se sentía hijo de la fortuna y feliz".

Velozmente, suavemente, ingeniosamente, Sciascia nos cuenta la vida de Cándido desde la infancia hasta su madurez. No es ningún ser excepcional y hace las experiencias que la época le propone como cualquier mortal, de tal modo que resulta el hombre promedio, si a éste le concedemos una inteligencia alerta y un sólido buen sentido, como para poder atravesar, indemne, una de las épocas más ideologizadas e institucionalizadas que se hayan conocido. La relación con la madre, que se separa del marido para casarse con un americano olvidándose para siempre de su hijo; la relación con su padre que es un abogado metido en oscuros enredos y cuya muerte provoca su propio hijo por contar *cándidamente* una conversación oída en la casa; su relación con el abuelo, general de las brigadas fascistas en España y luego alto político de la democracia cristiana; su conocimiento de la "maffia" siciliana alimentada por los ocupantes norteamericanos cuando la guerra; su trato con la Iglesia y con el partido comunista, de donde son expulsados preceptor y discípulo por motivos morales casi idénticos; sus vínculos con los familiares y con los campesinos, a consecuencia de los cuales los primeros lo hacen declarar incapaz para quedarse con sus tierras y los segundos lo desprecian por querer trabajar directamente los campos; sus conflictos con los obreros torineses, cuando les pregunta *cándidamente* por qué, ante la perspectiva de un golpe de derecha en Italia, todos sueñan con irse a un país occidental y a ninguno se le ocurre, a pesar de sus ideas comunistas, irse a la Unión Soviética; su felicidad final en París donde por azar tropieza un día con su madre, sin sentir por ella nada parecido a un sentimiento, pero donde la libertad de la ciudad le compensa del largo ahogo italiano; todo-todo pasa por la novela como una locomotora delicada. Y también el debate sobre el psicoanálisis, y las relaciones humanas, amorosas u odiosas, y la red de los intereses económicos, y el funcionamiento pintoresco de la justicia italiana y el más divertido de los funcionarios del partido y las ideas políticas de los psiquiatras del ultrismo y las peregrinaciones de inválidos a Lourdes acompañados de bellas católicas con espíritu vacacional. Imposible poner más cosas en libro en tan breve y jocundo.

Sciascia se ha caracterizado por ser el escritor (el hombre) que dice las cosas que en el fondo todos piensan pero por diversas razones (del miedo a la oportunidad de la lucha) nadie se atreve a decir. El escritor que cada vez que tropieza con una con-

las Brigadas Rojas. En el gran debate que conmovió a los intelectuales italianos a consecuencia del terrorismo desencadenado por las Brigadas Rojas, tomó parte desde un ángulo irreverente. Cuando Alberto Moravia estableció como principio, "Ni Brigadas Rojas, ni Estado"; cuando Eugenio Montale declaró que comprendía a los centenares de italianos que se negaban a actuar como jurados en el juicio contra los "brigadistas rojas" atemorizados por las represalias: cuando por fin Italo Galvino intervino reclamando que los ciudadanos asumieran sus responsabilidades porque "el Estado somos todos nosotros"; cuando Giorgio Amendola aprovechó entonces para atacar a los intelectuales diciendo que entre ellos "nunca hubo demasiado coraje cívico", entonces Leonardo Sciascia salió a decir que también él envidia a quienes se voluntaban a ser jurados, porque esa era la situación real del país y de la ciudadanía, porque se vivía bajo un Estado inoperante que no podía dar garantías y que por lo tanto esa situación justificaba ampliamente la desconfianza popular. Y respecto a Amendola le reprochó su concepción mítica y metafísica del Estado, su secreto deseo de un estado autoritario, su incapacidad para comprender que el Estado es un sistema de correcta coordinación de los servicios y que defender al que "mantiene servicios inadecuados o que no existen es simplemente defender la corrupción y la ineficacia bajo el pretexto de que se defienden los derechos del Estado".

De este debate, Sciascia salió a una toma de posición política sorprendente: su afiliación al partido radical con el cual hizo campaña intensa, siendo uno de los artífices del sorprendente aumento del electorado que vio este minúsculo conjunto de la vida política italiana en la última elección. A nombre del partido radical, Sciascia es actualmente miembro del Parlamento Europeo, pasando por primera vez de su Racalmuto siciliano al centro de la vida política europea. Convencido del fracaso comunista, que para él simplemente repite el fracaso católico, y volviendo por los fueros de esa simplicidad paradójica con que alimentó a su *Candido*, Sciascia declara que lo que debe hacerse, hoy, en Italia "es crear un partido socialdemócrata".

Su última novela es producto de esta ingente modificación política, de esta especie de resurrección del antiguo liberalismo, traída por el agotamiento ante el inmovilismo a que ha sido conducida la nación. Obviamente resulta mucho más persuasiva la parte crítica del libro, en la cual patentiza los absurdos y contradicciones de las fracciones políticas, que la parte doctrinal correspondiente a su nueva proposición, la cual está bien lejos de quedar fundada. Pero aunque no se compartan esas proposiciones, hay en las experiencias de Cándido una manera original de enfrentar los discursos sacralizados que puede dar la clave de la manera libre con que lo orienta Sciascia. Un buen ejemplo es la manera como Cándido percibe qué cosa es el comunismo, después de fatigosas lecturas de sus clásicos: "En una ocasión en que afirmó que, enfrentados a Lenin y a Marx, pensaba que eran mejores Víctor Hugo y Zola y aun Gorki, ante el estupor casi irritado de don Antonio —¿Qué quiere decir *son mejores*? ¿En qué sentido *son mejores*?— Cándido, compenetrado de la claridad de lo que sentía, fatigosamente logró decir que eran mejores porque hablaban de cosas que todavía existían mientras que Marx y Lenin era como si hablasen de cosas que ya no existen. —Aquellos hablaban de las cosas que existían entonces y es como si hablaran de las cosas que después acaecieron. Marx y Lenin hablaban de las cosas que habrían de ocurrir y es como si hablaran de cosas que no existen más. Pero como a don Antonio no le bastaba y agregó preguntas, Cándido no supo responder otra cosa que si sólo hubiese leído a Marx y Lenin habría sido comunista como en una especie de baile de máscaras, vestido como en la época de Marx o como en la de Lenin".

De manera más apodíctica y general lo dijo Goethe: "Gris es toda teoría y siempre verde el árbol de la vida". •